

El pasar de los días

Seudónimo: Pipo Crazy.

Despierto. Faltan diez minutos para las siete. Tengo clase. Tomo café con pan. Voy donde mi abuelo. Lo veo cepillar con cuidado su caja de dientes. Espero. Veo el reloj. Faltan tres minutos. Le doy los buenos días. Vuelvo a casa. Enciendo la PC. Ruego que no le dé por actualizarse. Abro el correo. Busco el link de la sala zoom. Entro a clase. Pongo a un lado Cien años de soledad. Digo hola. No enciendo la cámara. El profe explica. Atiendo a las explicaciones. Se acaba la clase. Apago la PC. Recuerdo.

Para marzo avisaron en las noticias que había llegado la Covid-19 a Colombia. Fueron cerrando todo, de a poco. Mi universidad demoró en hacer el paso de la presencialidad a la virtualidad. Así que se retrasó un par de días ese viaje hermoso (no tanto aquella vez) que para vacaciones hago siempre: el del estudiante foráneo regresando a casa, al hogar. Dejé atrás Cali y volví. Huila. Pitalito. Vereda Versalles. La finca de mi abuelo. Vivimos todos juntos. Como un pequeño conjunto residencial en medio del campo. Eso significaba una cosa, simple y aterradora: si se contagia alguien, nos contagiamos todos. Yo no hice un cambio en la modalidad educativa. Para mí se suspendió el semestre. Asistí a clases, claro. O no sé. Digamos que me conectaba, contestaba asistencia y enviaba trabajos. Pasé. Pasé todas las materias y bien. No aprendí mucho, confieso. A veces una profe explicaba algo de unos territorios con condiciones de pobreza extrema, y eso se mezclaba con el grito de mi tía a mi otra tía diciéndole que ya hay casos en la Vereda y con la alocución presidencial del final de la tarde, que para martirio de todos terminaría siendo eterna. A veces se me mezclaban esas voces y entonces me perdía. Y en las noches, territorio solitario y silencioso, perfecto para entregarse a la tarea de ser un joven estudioso, me abordaba la incertidumbre. Y con ella las preguntas ¿Y si nos vamos a morir? ¿Para qué estudiar entonces? ¿Y si se viene el fin del mundo? ¿Este trabajo para qué me sirve? Igual los hacía y al otro día lo mismo. Así se me fueron los días. Y se me seguirían yendo.

En vacaciones leí mucho. O leí al principio. Luego empecé a pasar hojas. Tomás González. Juan Gabriel Vásquez. Manuel Vilas. Mariana Enríquez. Pilar Quintana. Se me iban entre los dedos las páginas. Algo debió quedármese. Se acabaron las vacaciones y las noticias de un nuevo semestre virtual cayó bien. Estarse en casa es bueno. Más viendo los noticieros: así colapsan los hospitales en Italia; en España aumentan los casos; en Ecuador las personas se mueren en las calles. Las redes sociales ayudaban: vídeos de ataúdes llenos de piedras; memes con teorías conspirativas; Bolsonaro diciendo que es una gripita; Trump yendo a la inversa: abriendo todo sin importar los muertos. Pasaron los días y con ellos se fueron las vacaciones.

Y sí, mi primera clase fue sobre Cien años de soledad. Excelente augurio. Nada puede salir mal en un semestre en que tu primera clase es sobre tu escritor favorito. Con más razones si vas a empezar a escribir tu tesis en aquel semestre. No fue tan mal, siendo sincero. Pero estudié a otro ritmo, o de otra manera. Escuchaba a los profes mientras mi pulgar bajaba infinitos videos de TikTok. O mientras respondía en Facebook comentarios a mis compañeros de la misma clase. O mientras leía en Twitter que Maradona, el barrilete cósmico, se había muerto. De vez en cuando, muy de vez en cuando, cuando en alguna materia a la profesora se le daba por hacer alguna actividad, me salía y volvía a entrar. Dada cierta materia, claro. En otras, cuando la clase parecía más un funeral virtual, había que salvar la patria y entonces metía la cucharada. Lo terrorífico era el *Por favor, enciendan las cámaras*. Yo, perteneciente a la generación que pudo asistir a la universidad sin bañarse, me corría la mano por un cabello de dos días sin baño (cuando hacía mucho frío), me ponía un saco y daba clic. *Estás peludo*, me dijo un día una profe. Era cierto. Ya ni cuenta le tenía a la barba que se apoderaba de mis mejillas.

Así se fueron mis clases y mis días y mis horas. Encerrado en mi cuarto, en una esquina, pegado a unas pantallas, mientras afuera, por la ventana que mira hacia la casa de mi abuelo, las mirlas cantaban, un gallo pisaba a una gallina, los perros me llamaban a jugar y mi abuelo echaba cuentos más interesantes que las presentaciones de PowerPoint. En las noches ya no me abordaban cuestiones irremediables. Era lógico que había más probabilidades de sobrevivir que de morir, lo cual significaba trabajos con fecha y hora de entrega exacta en Moodle. También, grupos de WhatsApp por cada curso, por cada trabajo, por cada podcast a

hacer. Al final los trabajos se subían a las plataformas con un fresquito, como si se descargara ahí, en ese pequeño espacio de una pantalla, un tren que se carga a las espaldas. Claro, a veces se me caía el internet y en medio de la inmediata preocupación también llegaba la calma: tienes una excusa, te pierdes la clase y luego ves con más atención la grabación. Sí, cómo no.

Así se me fueron las clases del 2020. No creo que haya muchas cosas para recordar. La rutina se acomoda sin importar la realidad. Ahí se va metiendo, de a poco, acuñándose y convirtiendo todo en *habitus*. Ahora que escribo esto, pienso que extraño algo; algo de melancólico me vuelvo. Extraño algo más que cualquier otra cosa. Porque al final fue linda la experiencia de estar en casa, habitar la casa, vivir la casa, sentir la casa, encerrarnos en casa. Quienes tenemos casa, digo. Extraño algo, algo me hace falta. Dos cosas en especial. Ir a la biblioteca de mi universidad. Leer a medias. Sentarme en el piso de baldosas blancas, bien frío, y leer al azar. Escoger un libro y a la semana otro y así. Y otra cosa extraño: encontrarme en los pasillos a la gente. Sin conocerla. Verle las caras, saludar levantando las cejas y elaborar una conversación en cualquier esquina. O encontrar, por ahí, en una de esas, a la chica que me parecía linda y nunca le hablé. Cuestiones terribles de no volver a la presencialidad. De terminar la U así, tan lejos de la U.